

Dios, el Hombre y la Fe

Por Michael W. Kelley

¿Existe alguna otra palabra en el léxico de la religión que pueda definir su esencia tanto como la palabra *fe*? ¿No es la naturaleza misma de la religión ser la expresión de una fe? Pues cualquier religión es, en su punto medular, un sistema de creencias, una expresión de lo que una persona considera que es la verdad con respecto a Dios, el mundo, el hombre y el significado de la vida. Incluso si una persona profesa, como es el caso en los modernos círculos humanistas, no creer en algún Dios o, en conjunción con este principio, se rehúsa a creer que la vida posee algún significado aparte de uno puramente existencial, aún así le da expresión a una fe. Pues el no creyente no tiene ninguna ventaja sobre el creyente con respecto a la existencia de Dios, etc. Él también debe simplemente *creer* que Dios no existe, pues no puede demostrar este hecho con nada que se halle en el orden de la prueba científica. Y lo que se crea o no se crea con respecto a Dios también afectará lo que uno crea con respecto a otros temas como el hombre, el mundo y el significado de la vida. Si la fe no reposa en Dios, esta simplemente descansará en otra parte y buscará como estar en reposo en algo asociado con el hombre o con este mundo. Todo lo que tiene que ver con la religión es un asunto de fe, independientemente de si la religión de uno ofrece verdades positivas o es simplemente una forma de anti-religión, una negación de todo lo que se cree en cualquiera o en todas las así llamadas religiones establecidas o históricamente reconocidas.

Sin embargo, nuestro punto de interés aquí no es con alguna explicación filosófica general de la palabra fe. Y tampoco estamos interesados con el significado y el papel de la fe en la religión como tal; más bien, estamos interesados exclusivamente con el lugar y función de la fe en la religión Cristiana. Naturalmente que la fe, en la religión cristiana, está determinada por lo que se quiere dar a entender por religión cristiana. De hecho, la religión cristiana – la *fe cristiana* – difícilmente es la entidad monolítica que algunas veces imaginan popularmente los modernos pensadores y entendidos. Al contrario, el Cristianismo, podríamos decir, ciertamente ha asumido una variedad de formas y medidas cuando se trata de aquellas doctrinas que cada rama particular de la fe cristiana enseña y practica. Lo que es más, estas diferencias pueden ser tan diversas que uno bien podría preguntarse como es que el término *cristiana* se puede extender hasta alcanzar y cobijar a un material tan heterogéneo. Después de todo, además de los tres mayores segmentos del Cristianismo – el Catolicismo Romano, la Ortodoxia Oriental o Rusa, y el Protestantismo – es posible encontrar subdivisiones y peculiaridades adicionales bajo cada una de estas ramas. Esto es especialmente cierto del Protestantismo, lo que será nuestro principal punto de interés.

El Protestantismo es, claro está, producto de la Reforma del siglo dieciséis, la cual nació en medio del conflicto con el Catolicismo Romano como resultado de la corrupción de la enseñanza con respecto a la salvación del

hombre del pecado y la muerte, y su promesa de vida eterna. Los Protestantes creían que el evangelio de la salvación por la gracia de Dios había sido silenciado bajo siglos de dogmas y prácticas eclesiásticas, lo que había logrado muy poco sino más bien atar las conciencias de las multitudes subyugándolas al poder y autoridad de la Iglesia en lugar de inspirarlas a sujetarse a Dios y su verdad. En resumen, la fe cristiana había sido redirigida desde su verdadero fundamento en Dios y su palabra revelada y se hizo que llegara a descansar en la palabra del hombre con sus normas y requerimientos, sin mencionar las prácticas supersticiosas y las tradiciones institucionales. Sin embargo, el Protestantismo, lejos de afirmar haber descubierto algo nuevo, buscaba únicamente recuperar lo que se había perdido o que había sido corrompido por la iglesia. Por lo tanto, afirmaban que estaban regresando a la enseñanza con respecto a la salvación y sus beneficios tal y como se encontraba antes en la enseñanza de Agustín y, más especialmente, en la de los mismos apóstoles, Pablo en particular. Lejos de inventar alguna nueva enseñanza, simplemente profesaban haber regresado a la verdad inmaculada, que había sido enterrada bajo una carga de error y falsedad. En su batalla por recuperar la sana doctrina en todos los asuntos que atañen a la religión cristiana los Protestantes se enfocaron en tres puntos cruciales: *Sola Escritura*, *Sola Gracia* y *Sola Fe* (¡solo la Escritura, solo la gracia y solo la fe!). Cualquier otra cosa menos, más, o diferente de estas estaba condenada a descarriar a las personas y a alejarlas de la verdad, aparte de la cual estaban en peligro de perder su camino y de no encontrar la salvación del pecado y la muerte que el hombre verdaderamente necesita más que cualquier otra cosa.

El Protestantismo, claro está, no era la fuerza monolítica que era el Catolicismo Romano, porque no había una sola forma institucional de Protestantismo, ni Iglesia Protestante *per se*. Al contrario, había Iglesias Protestantes. De hecho, el Protestantismo produjo una proliferación de Iglesias que ha continuado hasta el día de hoy. Sin embargo, a pesar de esto, es posible decir que el Protestantismo se amoldó principalmente alrededor de tres tendencias doctrinales: Luteranismo, Calvinismo y Anabaptismo. No obstante, aunque estas tres tenían mucho en común, cada una representaba una rama distintiva de pensamiento. Con mucha frecuencia divergían sobre lo que cada una entendía que era la Escritura (revelación), la gracia y la fe. Sin enfocarnos demasiado en las variadas maneras en que estos tres puntos de vista religiosos Protestantes diferían los unos de los otros, podemos decir que, en lo general, la mayor diferencia, ciertamente entre el Calvinismo y las otras dos, es que el Calvinismo colocaba un énfasis mucho mayor en su sistema total de doctrina sobre la centralidad de Dios de lo que lo hacía el Luteranismo, o especialmente, el Anabaptismo. Los últimos dos sistemas de doctrina tenían la tendencia a centrarse más en el hombre en sus puntos de partida. Es decir, tenían la tendencia a construir su pensamiento más a partir del punto de vista del hombre – el sujeto religioso – que a partir de Dios, quien, según el Calvinismo, no existe meramente para responder al hombre en su necesidad, sino que actúa a partir de motivos y propósitos soberanos que yacen totalmente en su Ser. El Calvinista era más consistente al sostener que Dios actúa de principio a fin por su propia causa y gloria, y que no actúa, ciertamente no en primera instancia, por causa del hombre o para el bien del hombre. Y no obstante, el beneficio para

el hombre en los propósitos de Dios, desde la creación hasta la consumación, apenas puede decirse con palabras. Si la meta es hacer todas las cosas para su propia gloria, entonces, según el Calvinismo, la Creación, la Caída y la redención del hombre son los medios por los cuales Dios lleva a cabo ese fin. Por supuesto que los medios y el fin están íntimamente relacionados, pero Dios no está limitado, basado en alguna ley de necesidad que se halle fuera de Él mismo, a los medios con el propósito de alcanzar el fin; más bien, Él escoge soberanamente los medios, incorporando así libremente al hombre y al mundo, con todas sus vicisitudes, en sus designios. El hombre y su mundo no derivan su propósito de ellos mismos, sino de Dios quien actúa en todas las cosas por su propia causa.

Luego, por un proceso de eliminación, llegamos al Calvinismo, o, lo que llamaremos de ahora en adelante, la doctrina Reformada. Sin duda alguna la doctrina Reformada es la concreción más plena de la verdad bíblica. La enseñanza de la Escritura como un todo llega más plenamente a su clímax con el pensamiento Reformado, lo cual es otra forma de decir que la fe cristiana alcanza una claridad más auténtica en asuntos de la vida y la doctrina que la que llega a expresarse en otros tipos de Protestantismo, mucho menos otros tipos del Cristianismo en general. Esto no hace que la doctrina Reformada sea perfecta, solamente un mejor reflejo de la verdad del Cristianismo si se le compara con lo que se puede encontrar en otros sistemas confesionales. Uno no necesita disculparse por esto, pues allí donde la preeminencia de Dios sea reconocida y sostenida de manera más consistente en todas aquellas cosas que atañen a la fe religiosa de una persona, allí uno encuentra que tal persona abraza

prontamente la verdad Reformada, o al menos reconoce algo de ella que le recuerda de manera muy cercana su propio pensamiento y creencia. El Cristianismo Reformado es la religión cristiana *por excelencia*. Otros puntos de vista confesionales no se aproximan tan bien a ella como la doctrina Reformada.

Ahora, lo que es peculiar con respecto a la doctrina Reformada en general es el hecho de que la *fe* se halla integrada con los otros dos componentes centrales del Protestantismo – la *Escritura* (revelación) y la *gracia* (soberanía divina) – de tal forma que, de este modo se ve enriquecida con su significado y contenido de maneras que son superiores *per se* a todas las demás formas de doctrina Protestante, o de hecho, cristianas. Pues la fe, aunque yace en el hombre y se mezcla con su naturaleza, es impotente a menos que sea primero vivificada por la intercesión y obra de Dios (un acto de *gracia*), y que no posea contenido a menos que sea llena del pensamiento de Dios, es decir, con el pensamiento que proviene primero de Dios como aquel que Dios ha *revelado* respecto a Sí mismo y su propósito. En el hombre la fe es, en primera instancia, siempre pasiva y receptiva, pues la fe no posee ningún contenido en sí misma, sino que llega a confiar en su objeto solo por el libre acto de Dios. El hombre no puede estar en contacto con Dios, y por lo tanto, no puede ponerse a sí mismo en contacto con Dios, a menos que Dios venga primero al hombre y se ponga a Sí mismo en contacto con el hombre. Esta es la verdad cardinal de la doctrina Reformada, de la que dependen todos los demás temas en ella – y con la cual están conectados. El hombre no puede conocer a Dios a menos que Él se revele a Sí mismo; el hombre no puede alcanzar a Dios a menos que Dios condescienda para alcanzar al

hombre. La Escritura, que es el contenido de la revelación, explica a Dios y la manera en que se da a conocer, lo mismo que la manera en que el hombre recibe aquel conocimiento. Dicho con simpleza, a menos que Dios decida encontrarse con el hombre en un nivel de persona-a-persona e impartirle al hombre el poder de la comunión con su propia vida, el hombre no será capaz de resolver la brecha por sí mismo.

Hay que señalar que esta relación entre Dios y el hombre, como se entiende en el pensamiento Reformado, no se debe meramente al hecho de que el hombre es un pecador y que, por ende, ha perdido contacto con Dios, pero es igualmente verdadero independientemente de si el hombre ha pecado o no. La distinción misma entre Dios el Creador y el hombre la criatura implica el hecho invariable de que el hombre no puede conocer a Dios a menos que primero Dios se dé a conocer a Sí mismo al hombre. En otras palabras, a menos que Dios se revele a Sí mismo el hombre no tendrá ningún conocimiento de Dios. Esto es verdad del hombre *per se*, y no se debe simplemente al defecto en el conocimiento del hombre como resultado del pecado. Lo que es más, este conocimiento es tal como para involucrar la fe por parte del hombre. Está edificado en la naturaleza misma del hombre recibir el conocimiento de Dios, de hecho, conocer el mundo exterior del todo, por la fe. En este sentido, la fe es, en términos de Dooyeweerd, el aspecto gobernante del vínculo consciente del hombre tanto para con Dios como con el mundo objetivo. Es una realidad ineludible que el hombre es una criatura de fe como tal. En términos teológicos, la fe se conoce como el principio interno de conocimiento, pues todo conocimiento se fundamenta en la fe. Además, no importa cuál es este conocimiento en particular, pues todo

conocimiento se fundamenta en el creer. Esto no debe tomarse como si significara que la fe actúa solamente al principio de la búsqueda por conocer y desaparece una vez que la razón se hace cargo. Al contrario, la fe no solamente es el punto de partida, sino que continúa subyaciendo en todas las formas de conocimiento. La cognición nunca es posible aparte del creer. La fe sigue siendo la base de la certeza en todos los hechos asociados con el saber. Sin la certeza de la fe en el saber, el conocimiento pronto daría lugar a la duda y a la incertidumbre, y eventualmente, al escepticismo y al cinismo total.

Así que, en el principio la fe era normal al hombre como hombre; pues era básica para la naturaleza *religiosa* con la cual el hombre fue primero creado. Por consiguiente, la fe era la expresión de la naturaleza misma del hombre para la realidad de su propio ser y la existencia de un mundo objetivo en el que fue creado para residir en él. También era la expresión de lo que, para usar otro término de Dooyeweerd, el hombre sabía que era un origen o fundamento de su ser y significado. No necesitamos dudar que, al principio, el hombre sabía que Dios era Dios y que era, en otras palabras, el origen o fundamento de su vida y propósito. Esto le fue revelado al hombre por parte de Dios, quien arraigó el conocimiento de Dios en la naturaleza misma del hombre, como la criatura que fue hecha a la imagen de Dios. El hombre no tenía que buscar a Dios, que es lo mismo que decir que el hombre no tenía que buscar el significado y fundamento de su existencia: le fue dado saberlo por parte de Dios y fue abrazado por el hombre en la certeza inmediata de la fe. Por lo tanto, se puede decir que, en este sentido, Adán vivió *por fe*. También se puede decir con respecto a Jesucristo que

– en tanto que se hizo hombre y que adquirió plenamente una naturaleza humana – vivió sobre la tierra *por fe*. Pues la fe es esencial para la naturaleza del hombre *per se*, aparte de la cual no sería completamente humano.

Claro está que, el hecho grande y terrible del pecado ha entrado en el mundo del hombre, desfigurando totalmente la naturaleza del hombre, y no menos al hombre como una criatura de fe. Una vez más, es en el pensamiento Reformado que se encuentra la explicación más verdadera de este cambio en la naturaleza del hombre. Pues fue en el pensamiento Reformado que el concepto de la *depravación total* definió de manera consistente el carácter del hombre *después* de la Caída. La transformación de la naturaleza del hombre, por razón de la caída, implicó una corrupción tan grande que ningún otro término aparte de la *depravación total* podía realizar con certeza tal descripción. Otra manera en que se ha descrito este cambio en el hombre fue diciendo que había perdido la imagen de Dios en el sentido *más limitado*, sin lo cual ya no era un verdadero hombre. Al decir esto, se necesita añadir ciertos calificativos. Decir que el hombre ha llegado a ser totalmente depravado, o que ha perdido la imagen de Dios en el sentido más limitado, es decir que algo sustantivo ha cambiado en el hombre. El hombre no ha pasado por una transformación metafísica con la Caída, sino que simplemente ha llegado a ser un ser totalmente manchado en lo moral. En lugar de ser recto y justo como fue originalmente creado, el hombre llegó a ser pervertido e injusto. Por supuesto, el hombre sigue siendo la imagen de Dios en el sentido *más amplio*, lo que significa que todavía retiene todas las cualidades del siervo de dominio de Dios. Es capaz

de pensar, sentir, desear y actuar en todos los sentidos como un ser humano. Él no se convierte en un animal o en algo aún más bajo. Sin embargo, es el propósito de la Escritura aclarar que el hombre ha sido afectado profundamente en todos los aspectos de su naturaleza por la Caída y la Maldición de Dios sobre él por el pecado. El hombre es destituido [cortado] de la vida de Dios y entregado a la muerte. Morirá de manera corporal, pero también se dice que está muerto a los caminos de Dios y a la verdad aún cuando esté vivo (Rom. 8:5-8). El gran hecho del pecado significa que el hombre le ha dado la espalda a Dios, el verdadero origen y fundamento de su ser y significado, y en su lugar se ha vuelto a la Mentira.

De modo que la Caída, no ha producido una transformación sustantiva del hombre, principalmente ha cambiado su orientación. En lugar de orientarse hacia Dios y la verdad, se ha orientado en dirección opuesta, de hecho, se ha vuelto reacio a Dios, y con toda disposición sigue y sirve a lo que es falso. El impacto más grande en este asunto, no debiésemos dudar, tiene que ver con el cambio de *fe* que ocurre en el hombre. Pues a pesar de la Caída el hombre no deja de ser una criatura de fe, solo que ahora su fe ya no se fundamenta en la verdad sino en la Mentira.

Si investigáramos el lenguaje bíblico que mejor describe esta transformación lo encontraríamos en aquellos textos que contrastan la *luz* con las *tinieblas*. Uno de los textos clásicos en este sentido es donde Pablo describe a los Gentiles, un término que usa con respecto a todos aquellos que están fuera de Cristo, como aquellos que tienen “el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios...” (Efe. 4:18). Y escribiendo a los cristianos efesios Pablo se refiere a ellos

en términos de un gran cambio que se ha producido, como lo señala en 5:8, “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor.” Está claro que para Pablo no existen sino dos tipos de hombres en el mundo, aquellos que están llenos de oscuridad y aquellos que han llegado a ser luz en Cristo. Pero, lo que es importante para nuestro propósito es que todos los hombres están originalmente en oscuridad cuando llegan a este mundo, y solamente pueden llegar a ser luz por medio de la obra de Dios. Como escribió Pedro: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Ped. 2:9). La luz y las tinieblas son un tema recurrente en las Escrituras cuyo propósito es describir la diferencia entre el hombre nacido en el pecado y el hombre liberado por el poder de Dios de la naturaleza del pecado y la oscuridad que ha heredado de Adán. La transformación de una condición a otra siempre es vista como una obra únicamente de Dios. Nunca el hombre, por sí mismo, efectúa tal cambio en su naturaleza. Esto significa que el hombre no toma ninguna iniciativa en el hecho de re-dirigir su fe desde la condición de descansar en la Mentira hasta la de creer en la verdad de Dios en Cristo; esto es algo que únicamente Dios lleva a cabo. Específicamente es la obra de Dios el Espíritu Santo. Dos pasajes que explican esto de manera exacta son, primero, 2 Corintios 4:6 – “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.” Pablo compara intencionalmente la redención con la Creación. En el principio Dios, tal es su poder, creó el mundo por medio de la

palabra hablada, trayéndolo así a la existencia. También en esta obra, Dios no tuvo ninguna cooperación de parte de criatura alguna, pues la criatura misma fue producto del hablar creativo de Dios. Pablo quiere decir que en los asuntos de la redención todas las cosas son exactamente similares. Dios habla el poder de la luz y la vida introduciéndolas en un alma muerta y oscurecida. Y Él hace esto sin ninguna cooperación por parte del alma muerta u oscurecida del hombre. Un segundo texto complementa al primero. En 1 Cor. 2:14, Pablo escribió: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente [i.e., se discernen por medio del Espíritu Santo].” El Espíritu es el agente de la iluminación del hombre, quien no posee luz alguna en sí mismo. Allí donde los hombres carecen de la presencia del Espíritu de Dios, se apegan a la ignorancia, a la oscuridad y a la aversión necia a la verdad de Dios.

La redención, en el pensamiento Reformado, tiene que ver con la transformación del hombre – quien habita en oscuridad – debido al pecado, pero quien, únicamente por el poder de Dios, es sacado de la oscuridad a la luz. Esta obra se halla bajo la rúbrica de la *gracia*, uno de los puntos de unidad clásicos del Protestantismo. Con respecto a sus beneficios redentores para el hombre la Escritura habla del hombre como quien ha recibido o aceptado esta obra de gracia únicamente por la fe. El hombre no puede hacer nada para contribuir a su propia redención, solamente puede recibirla como un don gratuito. Pero su recepción de ella se halla en el ámbito de abrazarla, adoptarla, creyendo en ella. Incluso esta fe, que el hombre ejerce, es vista por la Escritura como la obra de Dios. El texto

clásico aquí es sin duda alguna Efesios 2:8 – “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.” Está claro, pues, que la doctrina Reformada reconoce únicamente a Dios como el salvador del hombre, aquel que le salva de su pecado. Si el hombre ejerce fe en Dios para este fin, es solo para poner en claro que la redención se hace consciente en el hombre, como aquello que el hombre abraza feliz e intencionalmente como su más grande bien. De otro modo, ¿De qué beneficio le sería la salvación al hombre si permaneciera inconsciente de ella?

Esta fe que el hombre ejerce en la redención no es alguna esencia nueva que se anexa a la naturaleza humana, algo muy parecido a la *donum superadditum* en el sentido Católico Romano: es el mismo aspecto de fe con el que el hombre fue creado primero. Sin embargo, el hombre, quien cayó en el pecado también cayó en la oscuridad, y esta oscuridad tocó su naturaleza completa, incluyendo el aspecto de la fe. Su fe se extravió en la dirección equivocada y abrazó la falsedad de la Mentira. Cuando el hombre es liberado de su oscuridad pecaminosa y traído a la luz de la verdad la totalidad de su ser, incluyendo una vez más el aspecto de la fe, es afectado profundamente. Aún cuando la Escritura pueda sonar como si el hombre ha llegado a ejercer la fe por primera vez solo por medio de la redención, de hecho, lo único que ha sucedido es que el hombre ha sido renovado en la fe, de aquella falsa fe que guiaba su vida en el pecado. La redención siempre descansa sobre el trasfondo de la Creación. No trae algo nuevo a la existencia, no crea una nueva facultad de fe en el hombre; solamente rectifica lo que había sido profundamente deformado y mal dirigido debido al pecado. Sin

embargo, para nuestros propósitos es necesario aclarar que esta renovación del hombre le pertenece toda a Dios y nada es del hombre. Aún el ejercicio de la fe por parte del hombre, entendida correctamente, proviene de Dios. Este es el corazón de la enseñanza Reformada con respecto a la redención. Mientras tanto, debido a que la redención produce tal cambio de las tinieblas a la luz en el tema de la fe, ha sido necesario distinguir entre la fe con la que el hombre fue originalmente creado y aquella con la que ha sido traído a la vida en la redención. En el último caso, a menudo se habla de ella como *fe justificadora* o *salvadora* (*de fides justificans et salvífica*). La fe salvadora es la que el hombre adquiere a través de la regeneración del Espíritu de Dios en la redención, mientras que la fe – como un aspecto de la existencia natural del hombre – se halla creada en su mismo ser. Son la misma capacidad de fe, solo que la fe salvadora es el aspecto original de la fe que ha sido realizado por el Espíritu Dios para ser orientado de manera apropiada hacia la verdad en lugar de orientarse hacia la Mentira. Ya antes dijimos que Adán había sido creado con un aspecto de fe porque ello era básico para el hombre, hecho a la imagen de Dios, para estar en contacto con Dios y con el mundo exterior a través de la guía de la fe. Esta fe no era una fe salvadora. Adán no vivía por la fe salvadora, pues antes de pecar no la necesitaba. Y ya sea que llegara o no a experimentar la fe como una fe salvadora *después* de su pecado y la Caída, Adán no es presentado en la Escritura como un modelo de tal fe. Es Abraham quien se convierte en el ejemplo principal de este tipo de fe. Además, así como Cristo poseía una naturaleza humana él también vivió una vida de fe, pero, una vez más, no fue una fe salvadora, pues Cristo no tenía necesidad de ser salvo, pues no estaba

corrompido por el pecado. Debemos ser cuidadosos de no confundir lo que es necesario para el hombre en general, es decir, con lo que tenía que ver con Adán antes de la Caída o de no confundir tampoco a Cristo quien, aunque asumió la naturaleza humana en su condición caída no tenía necesidad de salvación del pecado, con lo que debe ser necesario para el hombre pecaminoso para ser salvo.

Entonces, cuando hablamos de fe en la doctrina Reformada queremos decir esencialmente fe salvadora, pero siempre teniendo en mente que la redención descansa en la Creación. La redención no crea algo nuevo de una naturaleza sustantiva. Redención quiere decir recreación en el sentido de algo renovado: la naturaleza del hombre es limpiada de toda corrupción, su corazón y mente son iluminados, las escamas son retiradas de sus ojos para que pueda ver y abrazar el conocimiento de Dios en Cristo. Y más importante aún, todo esto se debe al poder y la gracia de Dios, a través de la persona del Espíritu Santo, y que no es atribuible, ni siquiera en el sentido más pequeño, al hombre o a cualquier cosa en el hombre. De otra manera, como Efesios 2:8 ha dejado perfectamente en claro, el hombre tendría algo propio en lo cual jactarse. Pero se evita toda jactancia por parte del hombre, debido a la completa imposibilidad del hombre de cambiar su naturaleza totalmente depravada y cambiarla en una naturaleza justa y, por lo tanto, en una que sea aceptable para con Dios. De modo que, la fe en el hombre – por la cual recibe la gracia de la redención – no es una obra de algún tipo, y ninguna obra del hombre, de ninguna clase, puede acompañar a la fe, es decir, no puede ser vista como parte del acto de la fe en sí. Por cierto, una fe salvadora producirá obras y se verá acompañada por

aquellas obras a lo largo de toda la vida, pues la fe reorienta al hombre alejándolo de la conducta pecaminosa y lo orienta a una conducta de justicia. Pero la fe en sí no debe ser confundida con los frutos de la fe, pues eso sería confundir las acciones de los hombres con las acciones de Dios en el tema de la salvación.

Desdichadamente, en la historia de la enseñanza cristiana, esta perspectiva de la fe salvadora ha sido sumamente difamada y su pureza doctrinal se ha visto comprometida por nociones que han llegado a distorsionar el significado de la palabra *fe*. La primera forma en que la fe pasó por un cambio desde la manera en que fue explicada en la Escritura ocurrió en la Edad Media y llegó a ser la posición doctrinal de la Iglesia Católica Romana. Esta enseñanza esencialmente decía que la fe era un mero asunto de asentimiento intelectual a lo que era una doctrina misteriosa y que sobrepasaba en mucho la razón. La mente medieval había erigido un dualismo entre las cosas de la fe y las cosas de la razón. Y esta distinción se debía al hecho de que los objetos de la fe, por un lado, y los de la razón, por el otro, pertenecían a dos órdenes diferentes de realidad. Las cosas de la razón eran las cosas de este mundo, con el cual entramos primero en contacto a través de los sentidos y luego se reflejan en la mente del observador como contenido intelectual. Para esta operación no era necesaria la fe. La fe pertenecía únicamente a aquellas cosas supra-terrenales, cosas que no eran sabidas a través de los sentidos materiales o que se reflejaban en la mente del pensador. Estas eran cosas que se sabían solamente por medio de la revelación directa proveniente de Dios y que eran transmitidas por la autoridad de la Iglesia. Estas cosas espirituales eran de tal índole que solamente ciertas personas podían

esperar comprender sus verdades. La persona ordinaria debía confiar en la sagacidad de los clérigos y maestros de la Iglesia para comprender un poco el significado de las verdades de la revelación. Y en lo que concernía a la Iglesia, era suficiente que uno simplemente diera su asentimiento a lo que ella les decía. Esta clase de fe algunas veces es llamada *fe histórica*, pues únicamente requiere que uno crea que ciertas personas (o eventos) de importancia religiosa vivieron en el pasado y dijeron e hicieron ciertas cosas que tienen necesariamente una significación cristiana. Si uno deseaba ser un cristiano y disfrutar los beneficios de la salvación cristiana, entonces, al menos, debía darle un asentimiento intelectual a estas personas y eventos tal y como eran interpretados por la Iglesia.

Pero esto no era la fe salvadora tal y como los Reformadores la entendían. Lo que es más, tampoco el hombre medieval miraba verdaderamente a este tipo de fe como una fe salvadora; en el mejor de los casos era simplemente un tipo de fe que era necesaria como una preparación para la salvación. Esta era una fe que solamente daba expresión a una creencia *con respecto* a ciertas doctrinas, ideas o hechos. De hecho, requería un complemento necesario de parte del hombre. Debía ser aumentada en la voluntad del hombre por la virtud del amor, el cual el hombre desarrolla con el propósito de darle forma a la fe. El amor es la práctica de buenas acciones, la realización de buenas obras, pues la fe como mero asentimiento intelectual es insuficiente para lograr la salvación que el hombre verdaderamente necesita. El resultado es que la salvación cristiana llega a ser vista como algo que puede ser posible no solamente por la fe en algo que Dios ha realizado para una persona, sino

como algo que la persona misma – en parte – debe llevar a cabo por medio de buenas obras auto-trazadas. La justificación delante de Dios puede ser posible únicamente cuando el hombre ha llegado a merecerla por razón de su amor y buenas obras. Por cierto, a la doctrina Católica Romana le gustaba decir que la fe era un don de Dios para preparar al hombre para el amor y las buenas obras, pero el hombre debe, no obstante, llegar a merecer la gracia de la salvación haciendo uso de este don demostrándolo en hechos que pudieran ser descritos únicamente como obras de amor. Así que, es el amor lo que llega a ser el centro de la idea de la salvación y no la fe. La fe únicamente prepara el escenario; es el amor lo que impulsa el desempeño y lo que llega a merecer la recompensa.

El problema con este cambio de énfasis en el amor como lo que es necesario para la salvación es que coloca una carga enorme sobre el hombre. La seguridad que el hombre necesita para saber que es verdaderamente redimido del pecado siempre es la seguridad de la fe, pero si la fe es débil, como sucede en este sistema de doctrina, entonces el hombre debe poner su confianza en las obras del amor, las que debe llevar a cabo como el mérito de su fe. Sin embargo, ¿cómo puede estar seguro de que ha realizado suficientes, o que su amor ha sido lo suficientemente sincero? Y esto es precisamente lo que enseña la doctrina Católica Romana, que el hombre, a menos que haya recibido una revelación especial de Dios, nunca puede tener la seguridad absoluta de que es salvo. Simplemente debe confiar en que sus obras de amor le lleguen a alcanzar. Esta incertidumbre siempre es el gran problema cada vez que los hombres tratan de mezclar lo divino y lo humano en el asunto de la redención del hombre del pecado. Cuando se compromete la fe, es

decir, cuando se ve que es no meramente una agencia receptiva sino una agencia activa en el hombre por la adición de las obras, entonces no solamente la fe se ve debilitada sino también la gracia y el poder de Dios, de las que depende la fe. Esta fe, entonces, también pierde su prioridad absoluta en cuanto al tema de la transformación del hombre de las tinieblas a la luz. Si el hombre debe poner su mirada en el amor y las buenas obras, al menos en parte, entonces no se halla tan en la oscuridad; hay algo de luz en él que el pecado no ha afectado, y puede depender de eso tanto como depende del auxilio de la gracia de Dios. De hecho, el asunto se vuelve una cuestión de a cuál cosa mira más. El hombre casi con toda certeza confiará en el hombre si siente que es posible hacerlo, y llegará a ver la salvación más como algo que merece y menos como algo que ha recibido como un don absolutamente gratuito de parte de Dios. Pero este cambio, de la confianza únicamente en Dios a la confianza en las buenas obras del hombre se lleva a cabo a un gran precio; va acompañado con la pérdida de certidumbre en el asunto de la salvación. Uno no puede saber con certeza que la salvación de uno está garantizada por la gracia de Dios, pues Dios ha perdido su prioridad absoluta en cuanto a la fe religiosa del hombre. Por consiguiente, los Reformadores tomaron un punto de vista diferente en el tema de la salvación. Ellos acentuaron una vez más la verdad bíblica de que es por la gracia que un hombre es salvo por medio de la fe, y aquello no de sí mismo, es el don de Dios.

Con el tiempo, esta mezcla de lo humano y lo divino en el asunto de la redención también llegó a ser la ruina del Protestantismo en todas sus ramas. Allí también uno puede observar una tendencia moralizante que llega a

dominar el escenario, de tal modo que el énfasis en la salvación se coloca en el hombre y en lo que puede lograr debido a la bondad general innata con la que ha sido dotado por la naturaleza. En otras palabras, el Protestantismo llegó a ser fuertemente influenciado por la creencia moderna en las habilidades naturales del hombre, lo que proclamaba la Iluminación. Cada vez más el hombre llegó a verse a sí mismo no como un ser pecaminoso sino como alguien meramente imperfecto en carácter, un defecto que se puede remediar por la aplicación de la educación y la adquisición de un entendimiento científico de las obras de la naturaleza, incluyendo la naturaleza humana. En este sentido, no fue simplemente que uno de los puntos clásicos Protestantes, la *gracia* de Dios, fuese reemplazada por una confianza en los recursos naturales del hombre, sino que uno de los otros principios clave, la *revelación* o Escritura, estaba sujeta a un intenso análisis racional y crítico, tanto que ya no era aceptada como conteniendo la autoridad absoluta en asuntos de la fe. La Escritura no era más la voz de Dios, sino que era la compilación de las obras de hombres religiosos con respecto a sus experiencias religiosas, que puede servir ahora solamente como ejemplo para nosotros los modernos. Estas obras pueden, en el mejor de los casos, enseñarnos como los hombres religiosos y piadosos vivieron durante tiempos religiosos. Esto se hizo especialmente evidente en el nuevo evangelio de salvación que encontró una mayor aceptación en las Iglesias modernas. Jesús ya no es el objeto de la fe, sino que se ha convertido únicamente en un ejemplo de fe. La religión cristiana ya no se fundamenta sobre la fe en Jesús, sino que se dice que el hombre tiene fe en Dios de la misma manera que el mismo Jesús tenía fe en Dios. Entonces, el único

mensaje verdaderamente salvador es aquel en el que el hombre se salva a sí mismo ejerciendo una fe que es similar a la que Jesús ejerció. Jesús ha llegado a ser el ejemplo supremo de fe salvadora, la que el hombre tiene la habilidad moral de emular si así lo decide. El producto de esta nueva religión del hombre ha sido el evangelio liberal del socialismo, como la creencia en la capacidad de los recursos humanos para producir condiciones ideales, o casi ideales, en la vida moderna, como las buenas obras equivalentes a aquellas que se encuentran en el Catolicismo Romano. Dios, en esta perspectiva, representa la inspiración para las buenas obras humanitarias. Si esto no es el evangelio cristiano, dicen sus defensores, entonces el Cristianismo no tiene ningún mensaje de valor para los hombres modernos.

Se ha dicho correctamente que mezclar lo humano y lo divino es algo fatal para retener lo divino en lo absoluto. Cada vez que el mensaje de salvación no es entendido claramente como la obra de Dios, sino que es vista como parcialmente de Dios y parcialmente del hombre, tarde o temprano Dios será eliminado del todo. Si el hombre puede pensar de sí mismo como – en algún sentido – el actor de su propia salvación, entonces la fe salvadora será vista como un poder de realización en el hombre y no simplemente como el recipiente de un poder exterior, un poder que únicamente puede ser provisto por Dios. ¿Por qué debiese el hombre – si tiene en sí mismo que contribuir, al menos en parte, con su propia salvación – poner su mirada en Dios en busca de salvación? Si la fe en algún grado permanece sin ser afectada por el pecado, y si el hombre no se halla en la absoluta oscuridad como lo afirma la Escritura, entonces la fe en el hombre no colocará una confianza total y sin reservas en Dios,

quien es el único que puede liberarle tanto del poder como de la condenación del pecado. Y si la fe tiene algún residuo de poder en sí misma, que es lo mismo que decir que el hombre es capaz – en términos de sus propios recursos – de hacer lo que es necesario para corregir el impacto del pecado, el hombre perderá – con el tiempo – el sentido de la seriedad del pecado y de la ira de Dios sobre él y, en lugar de eso, manifestará una confianza en su propia habilidad para arreglar las cosas. Ahora, podríamos preguntarnos, ¿por qué es importante todo esto?

Hay un movimiento una vez más en la actualidad para socavar la Reforma, y la doctrina Reformada en particular, sobre el asunto de la fe, y brota del mismo problema raíz, a saber, el deseo de mezclar y confundir lo humano y lo divino. Una vez más, no es Dios únicamente quien salva, y el hombre quien recibe la salvación como un don gratuito por medio de la fe, sino que el hombre debe traer sus obras, su amor y buenas acciones, para probar la valía de su fe. La fe no es suficiente para recibir de parte de Dios el don gratuito de la salvación, sino que el hombre debe añadir sus propios recursos a la fe con el objetivo de convencer o influenciar a Dios para que le otorgue la salvación que necesita. Todo esto ha llegado a ser parte del nuevo pensamiento asociado ahora con lo que una vez fue una doctrina Protestante establecida, a saber, la *justificación por la fe*. Según este nuevo entendimiento, el hombre no puede tener seguridad de que su fe le ha salvado. En vez de eso, al igual que la antigua visión medieval, debe trabajar en ello toda su vida, pues no puede saber con certeza si sus esfuerzos son adecuados. Esto se llama, en el dialecto religioso actual, *guardar el pacto*. Y su importancia yace

en lo que el hombre hace o no hace, pues Dios le recompensará únicamente con la salvación, le otorgará la justificación, si cumple exitosamente todas sus obligaciones pactales. Esta nueva enseñanza no solamente confunde lo humano con lo divino sino que rechaza esencialmente lo que la Escritura dice con respecto a la oscuridad del hombre en el pecado. Habla – en vez de ello – del hombre encontrándose con Dios en algún punto del camino, como si no fuese alguien totalmente depravado y hostil para con Dios. Uno escucha ecos no solamente de la visión medieval en este pensamiento, sino del moderno Protestantismo liberal y su creencia de que el hombre posee la habilidad natural para imitar la fe de Jesús y lograr así el nivel moral necesario para ser aceptable delante de Dios.

Para que recordemos lo que está en juego en esta nueva tendencia, podemos

concluir con las palabras de Jesús en Lucas 18:17 – “De cierto os digo, que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él.” Jesús usa esta analogía no para enfatizar la ingenuidad e inmadurez de los niños pequeños como modelos de cómo uno entra al reino de Dios, sino para enfatizar la disposición de los niños para recibir un don gratuito. Los adultos, si no sospechan del dador, con frecuencia consideran los dones desde el punto de vista de la obligación que coloca sobre sus hombros. Pero un niño no piensa en nada similar a eso; con felicidad y sin vacilación tomará el don de la mano de cualquiera que se lo ofrezca. Para un niño es un don completo y nada más. Jesús usó esto para enseñar la analogía de la fe. Ella también debe recibir un don, a la manera de un niño, pues el hombre no puede contribuir con nada de sí al don que le es dado de parte de Dios. **C&S**

Traducción de Donald Herrera Terán, para <http://www.contra-mundum.org>

Este artículo fue publicado originalmente por la revista *Christianity and Society*, Vol. XVI, No. 2, Invierno 2006. *Christianity and Society* es publicada por la *Fundación Kuyper*. Visite la página web de la fundación: <http://www.kuyper.org>